

La fe cristiana en Occidente, entre la emoción y la *parresia*

Gabino Uríbarri

La capacidad evangelizadora de la Iglesia en los países occidentales preocupa desde muy diversas instancias. Juan Pablo II ha recalcado repetidas veces la necesidad de revisar los modelos de evangelización.¹

Proponemos una reflexión sobre un aspecto parcial aunque importante: cómo vivir la fe en los países occidentales, que tiene que ser Buena Noticia, y esto se entiende en el seno de una cultura que proporciona significados para entender lo que es humanizante para la persona humana.

La fe cristiana como buena noticia en Occidente

Hoy día entendemos claramente que el Evangelio es una buena noticia. En línea con el NT consideramos que la vida, predicación y muerte y resurrección del Señor Jesús son una buena noticia de salvación para la humanidad. Así comienza el evangelio de Marcos. Con nuestra fe nos si-

¹ Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 33; *Pastores dabo vobis*, 18; *Tertio millennio adveniente*, 42, 45; *Novo millennio ineunte*, 15, 40.

tuamos ante una buena noticia, para todos, pero especialmente para los pobres (Lc 4,16-21; 7,22). La vida de Cristo supone la llegada de la gracia y la verdad (Jn 1,17), del perdón y la reconciliación con Dios (2 Cor, 5,18). Podríamos seguir citando una cantidad enorme de textos muy conocidos: banquetes de Jesús con los pecadores, parábola del hijo pródigo, curaciones y milagros.

Recibir tan buena noticia ha de traducirse en la propia vida. Las buenas noticias nos afectan y tienen que ver con nuestra capacidad para transmitir la buena noticia de la fe en el Señor Jesús. Seguiremos aquí el esquema de las meditaciones de S. Ignacio en los Ejercicios. Comenzaremos (composición de lugar) contemplando el aspecto singular de la fe en Occidente que me ocupa: la centralidad del bienestar emocional. Seguidamente propongo una contemplación de textos y situaciones. Al final se recogen algunos aspectos para iluminar la situación inicial.

Nuestra inculturación en el Evangelio como buena noticia

En nuestra cultura occidental, circulan significados socialmente compartidos sobre lo que es una vida humana lograda. Uno de los componentes es una capacidad adquisitiva mínima, más bien tendiendo a elevada (calidad de vida). Sería hoy un disparate entender que el Evangelio es buena noticia porque nos proporciona una alta capacidad adquisitiva. La realidad cotidiana lo desmiente tajantemente. Otro de los componentes de una persona feliz y humanamente lograda es el bienestar emocional. Aquí sí insertamos con relativa facilidad que nuestro modo de entender la fe cristiana es un Evangelio, una buena noticia. Veamos algunos aspectos.

Dios como aliado del bienestar psicoafectivo. Uno de los elementos de la inculturación de la fe en los países occidentales pasa por considerar que la fe es una buena noticia para nuestra vida psicoafectiva. Nos habla del amor y de la acogida de Dios. Hemos asimilado la conexión entre la confianza básica, de la que habla E. Erikson² y la fe cristiana. Se mostraría aquí que la fe aporta una respuesta eficaz a las necesidades humanas

² Menciona este aspecto por primera vez en: *Infancia y sociedad*. Ediciones Hormé, Buenos Aires (3) 1970, 62 y ss.

potenciando su logro. La confianza básica se ganaría en la primera etapa de la evolución psicoafectiva gracias a la dedicación y cariño de la madre. Desde la fe cristiana se nos asegura más profundamente la posibilidad de arraigarnos en esa confianza básica. Dios es la razón última de la existencia, pero también es un amor personal. Dios es una buena noticia para mi confianza básica.

La comunidad cristiana como hogar cálido. La fe no sólo nos pone en contacto con un Dios amoroso sino que nos abre a un ámbito de relaciones acogedoras en la comunidad. Relaciones fraternales, traducción franca y sencilla de uno de los modelos de Iglesia sancionados por el Vaticano II: la Iglesia comunión. En las sociedades capitalistas vivimos el mundo como un ámbito de relaciones laborales tremenda-

*uno pudiera pertenecer a una
cofradía por tradición familiar o
promesa o porque forma parte del
entramado social de la vida social
de tal ciudad*

mente competitivas que amenazan con despedazar a las personas considerándolas como mercancías o números en los balances contables. Pasamos horas en ambientes masificados. Frente a ese mundo hostil, las comunidades cristianas nos proporcionan la buena noticia de la pertenencia a un grupo marcado por la cordialidad, el encuentro interpersonal. Llegados ahí, para los grupos cristianos juveniles de las grandes ciudades la religión consiste ante todo en la pertenencia al grupo³ que se convierte en el seno donde sentirse acogido. De aquí la tendencia de que algunas comunidades, no sólo juveniles, pasen a ser nichos emocionales. En esta forma de vivir la fe cristiana, la comunidad cristiana pasa a ser lugar de encuentro donde soy significativo.

Encontrar un grupo así resulta una gran ayuda para la vida ordinaria y por eso se vive como buena noticia. La pregunta que surge ante algunos de esos grupos cristianos es si ese modo de vivir el Evangelio ha dejado de lado que es noticia pública y para todos. Es decir, si en esos grupos el evangelio ha dejado de ser algo público⁴, que se vive y proclama públi-

³ A. Tornos y R. Aparicio, *¿Quién es creyente en España hoy?*, PPC, Madrid, 1995, 29, 42, 106-7.

⁴ L. Newbigin, *Una verdad que hay que decir. El evangelio como verdad pública*, Sal Terrae, Santander, 1994.

camente. Da la impresión de que ese cristianismo emocionalmente cálido corre serio peligro de secuestrar la dimensión pública de la fe para convertirla en algo privado e intimista. En ese caso la fe pertenecería al ámbito del grupo pequeño y a la esfera privada.

Parece que hay tres carencias que revelan esa forma de vivir la fe. En primer lugar, ese tipo de comunidades cristianas tiende a segregar una liturgia que no está abierta, no es pública. Para participar en ella haría falta como el «carnet» de pertenencia al grupo, cuando la liturgia es una manifestación pública y abierta de la fe. En segundo lugar, por repetida, aburre la carencia de presencia de lo cristiano en el ámbito público. En el caso español hemos dejado esa esfera de lado como si no tuviera que ver con la fe. Ciertamente el terreno político es muy complejo y lleno de trampas que asustan de antemano a cualquier persona (corrupción, efectos nocivos del poder, intrigas dentro de los partidos, etc.). Pero es significativo que en nuestros ambientes de fe no se generan vocaciones cristianas políticas que quieran desde ahí servir al bien común y a los más necesitados⁵. Da la impresión de que hemos derivado la transformación social al ámbito de la caridad o las ONGD. (¡Qué diferencia con los padres que forjaron la actual Europa Comunitaria! Estos políticos actuaron desde su convicción cristiana y todavía somos herederos de su osadía y sus sueños). En tercer lugar, otro tanto ocurre con la creación artística. En el ámbito del cine, la pintura, la narrativa, la escultura, lo cristiano está socialmente subrepresentado en relación al número de creyentes. Y nos referimos a los así llamados «practicantes» no sólo a los nominales.

Queda de lado un cierto campo: los medios de comunicación social. También aquí resulta difícil salir airosos, razón por la cual nuestros obispos andan preocupados y potencian con mayor o menor acierto medios de comunicación explícitamente confesionales.

La práctica religiosa como inversión en bienestar emocional. Este tipo de identidad cristiana especialmente marcado por las relaciones dentro de la comunidad colorea el sentido de las prácticas religiosas. Uno de los elementos imprescindibles que configura la pertenencia a «esas» comunidades radica en «sentirse bien» y estar a gusto en el grupo (catecume-

⁵ Sobre la importancia de que la fe genere cultura política insiste C. M. Martín, *Sueño una Europa del Espíritu*, BAC, Madrid, 2000.

nado, grupos de matrimonios o jóvenes universitarios). Hace más años, se pertenecía a grupos cristianos por razones que hoy nos hacen sonreír: para asegurarse un entierro digno, por ejemplo, o por la formación que se recibía, sin ignorar la importancia de las relaciones sociales que se generaban en esos grupos (algunas congregaciones marianas dirigidas por ilustres jesuitas). Uno pudiera pertenecer a una cofradía por tradición familiar o promesa o porque forma parte del entramado social de la vida social de tal ciudad. Sin embargo en las zonas donde la religiosidad popular no está hoy arraigada, los grupos cristianos de libre adscripción solamente sobreviven si generan un alto grado de bienestar emocional.

Esta manera de vivir la fe cristiana es capaz de integrar otros elementos. El primero de ellos es la oración. Hacer oración se enfoca con frecuencia en esos ambientes como buscar el bienestar emocional ante Dios y consigo mismo. La oración como lugar de paz y de encuentro consigo mismo. Por ello resulta difícil perseverar cuando la oración empieza a punzar o remorder. Entonces deja de cumplir la oración su misión (secreta) que no era tanto crecer en amistad con Dios y avanzar en desposesión, cuanto sentirse lo mejor posible con uno mismo sin costes desmedidos.

Algo semejante ocurre con el compromiso social. «Hacer voluntariado» es una experiencia que lleva a sentirse bien porque uno está haciendo algo en favor de los demás. La pregunta clave es cuánto nos trastoca a fondo la vida el tiempo de voluntariado, de contacto real con los pobres. Si llega a calar a fondo en nuestra sensibilidad o se trata de un barniz «políticamente correcto» para sentirnos bien con nosotros mismos. ¿Generamos ahí relaciones significativas o atendemos momentáneamente a unas personas para volver al consuelo de nuestro nicho afectivo?

La parresía una forma evangélica de vivir

Lo vivamos de uno u otro modo, sigue siendo cierto que el Evangelio es una buena noticia para nosotros y para toda la humanidad. Una buena noticia pública. Más que una reprimenda y conminación al cambio, nos puede ayudar prestar atención a un concepto –la *parresía*– y un modo de vida –la vivencia «parresíaca»– de la fe. Contemplemos el modo de vivir y acoger el Evangelio de las primeras comunidades cristianas para que

aprendamos de ellas un modo de vida tan humanizante y en algunas cuestiones tan distinto al nuestro.

Ayudará ante todo tener una idea, aunque sea aproximada, del significado del término *parresía* que manejaremos en adelante con frecuencia⁶. El sustantivo *parresía* significa apertura, franqueza, sinceridad. El verbo quiere decir hablar con franqueza o libertad, tener confianza. La palabra griega procede de *pan*(todo)-*rêsis*⁷ palabra. De ahí que su significado más primario sea «decirlo todo» o, más propiamente, «la libertad para decirlo todo».

*fueron sobre todo los filósofos cínicos
quienes otorgaron a la parresía un
contenido moral*

El primer empleo atestado procede del ámbito de la vida política. Designa la capacidad que asiste a los ciudadanos de

pleno derecho de tener libertad de palabra en la *ecclesia*, que era la asamblea de la *polis* griega. Como se ve, la publicidad forma parte del concepto. Para nosotros este significado resulta cercano a la facultad que asiste a los diputados en el parlamento. Les protege el derecho especial de ser personas «aforadas». De este significado principal procede también la perversión del concepto, que pasa a designar la desvergüenza, charlatanería o la desfachatez cuando se abusa de la *parresía*.

En esta época la *parresía* aparece estrechamente emparentada con el poder (*exousía*) de hablar. Quien tiene *parresía* posee la facultad y capacidad de hablar, la verdad (*alêtheia*) para decir lo que las cosas son. Y la valentía para exponer públicamente lo que las cosas son.

Desde el ámbito público adquirió, de modo derivado, un significado propio en la esfera de las relaciones interpersonales. En este terreno *parresía*

⁶ Tomo los datos y resumo de E. Peterson. «Zur Bedeutungsgeschichte von *parresía*» en *Zur Theorie des Christentums I* (FS R. Seeberg), Hg v.W. Koepf, Leipzig 1020. 283-297; H. Schlier, «Parresía, parresíasomai» en: ThWNT V (1966) 869-884; H. Chr. Hahn, «Confianza, valentía», en L. Coenen -E. Beyreuther -H. Bietenhard, *Diccionario exegetico del Nuevo Testamento II*, Sígueme, Salamanca, 1998, c. 802-811. Ahí se podrán encontrar más datos y bibliografía.

⁷ Detrás de *rêsis* está el verbo *erô*=decir, ue proviene de la raíz indoeuropea *wer* -. Esta raíz está detrás de términos como *Wort*, *word*, *verbum*, *verbo*.

significa la confianza, la franqueza y la apertura propia de los amigos que no se ocultan las cosas ni se engañan unos a otros. Se sitúa en el ámbito de relaciones entre iguales y de amistad (*philia*). Este significado también nos resulta cercano. En la relación interpersonal entre amigos reconocemos que podemos hablar francamente o que no ganamos nada con ocultar algo. La franqueza es un presupuesto y componente de la verdadera amistad.

Fueron sobre todo los filósofos cínicos quienes otorgaron a la *parresía* un contenido moral. Filósofo moral es aquel que vive libremente sin estar condicionado por el qué dirán o por intereses espurios a lo que es seguir una conducta recta según su conciencia. Por eso se comporta de modo abierto y libre (con *parresía*). De aquí que quien tiene *parresía* lleve una vida pública⁸ sin ocultarse. El verdadero filósofo moral no lleva una doble vida.

La *parresía* en el AT y en el judaísmo helenista

En la traducción griega del AT (llamada de los LXX, porque la tradición la adjudicó a setenta sabios) el sustantivo *parresía* aparece 12 veces, mientras que encontramos el verbo en 6 ocasiones. Entre sus matices, destacan tres. La *parresía* expresa, en primer lugar, la situación del libre por contraposición al esclavo. En segundo lugar se refiere a la prerrogativa de estar libre y alegremente ante Dios sin que nada le impida el contacto con El (Job 22,26). En tercer lugar, la *parresía* contiene un tono escatológico (Sab 5,1). Este sentido escatológico va unido a la justicia del justo (Prov 13,5; 20,29). Así el justo tiene un acceso libre y franco a Dios, sin temor alguno, y Dios escucha la oración del justo. Dios por su parte se muestra como un juez justo, lleno de *parresía* (Sal 93,1). Tal *parresía* se manifiesta especialmente en la oración y va acompañada de alegría.

No parece necesario profundizar en el significado del término *parresía* en los ambientes judíos impregnados de cultura griega de la época cercana al NT. En líneas generales, se continúa con el uso que aparece en el AT y se manifiesta sobre todo como modo franco y confiado de tratar con Dios. También adquiere un tinte escatológico: se puede acceder a la pre-

⁸ H. Schlier, o. c. 872

sencia de Dios o del mesías con alegría y confianza en el premio. Esta alegría y confianza se expresa en la alabanza.

El sustantivo *parresía* aparece 31 veces en el NT, el verbo en 9 ocasiones. Es un concepto bastante importante en el NT. Llama la atención que la expresión *parresía* designa juntamente el modo de realizar Jesús su misión, el de anunciarla y de vivirla los apóstoles y los cristianos, y la confianza para el día del juicio. Se da un fundamento cristológico para una forma de vida cristiana. Conviene destacar que el término pertenece al ámbito de la proclamación del mensaje y de la relación con Dios.

Para el evangelio de Juan la *parresía* es una característica del modo de revelarse Jesús. La revelación de Jesús es pública, no en lo escondido o de modo clandestino. Jesús se manifestó de modo abierto ante el mundo (Jn 18,20). «He enseñado en la sinagoga y en el Templo y no he hablado a ocultas». La predicación de Jesús tomó en serio las instancias públicas y oficiales, hasta el punto que terminó por costarle la vida.

Resulta característico que este hablar de Jesús abiertamente y en público no se entiende sino por los que tienen fe (Jn 7,4). Algo de esto se refleja en el único texto que poseemos de los sinópticos en el que se menciona la *parresía*: el anuncio de la Pasión (Mc 8,32). Los discípulos sin embargo no captan lo que Jesús les quiere decir.

Sin embargo, cuando llegue la hora de la glorificación de Jesús y el don del Espíritu, los discípulos lo captarán todo. En la hora escatológica de la revelación de Jesús es cuando los discípulos comprenden a fondo el significado del mensaje de Jesús (Jn 16,25; 16,29). Hay una tensión entre el hablar abiertamente o mediante signos. La *parresía* de Jesús se opone a un hablar «escondido» que hiciera imposible el acceso a la revelación o que ésta no fuera pública y asequible. Por otra parte el modo de revelarse de Jesús mediante signos públicos no consiste en llamar ostentosamente la atención, sino en actuar a la vista de todos (Jn 18,20). En 1 Jn la *parresía* supone la buena conciencia que nos permite estar abierta y confiadamente delante de Dios (3,21; 5,14). Esto se da gracias al Espíritu Santo (3,24) y se expresa en la oración confiada que Dios escucha (3,22; 5,14 ss). También se da una *parresía* escatológica (2,28; 4,17) que expresa apertura delante de Dios y del juez venidero, sin vergüenza o miedo. «La *parresía* es el reflejo de la consumación del amor de Dios a nosotros. El permane-

cer en el amor, que no conoce el temor, puesto que guarda los mandamientos, se manifestará en el juicio futuro, en que nosotros tenemos libre acceso y relación abierta con Dios, esto es *parresía*»⁹.

El significado básico de la *parresía* en los Hechos de los Apóstoles es el de la apertura del mensaje misionero en el sentido de la intrepidez, la franqueza y la confianza gozosa frente a los críticos y a los adversarios¹⁰ y se percibe en las figuras de Pedro y Pablo. Se trata de una *parresía* delante de los hombres, de una valentía e intrepidez para hablar en público, especialmente ante ambientes hostiles. «Viendo la valentía (*parresía*) de Pedro y Juan, sabiendo que eran hombres sin instrucción ni cultura, estaban maravillados» (4,13; 4,29; 14,3; 4,31). Pablo proclama también el mensaje (9,27; 28,31). No se trata de ostentación o notoriedad sino de la autoridad e intrepidez que el Exaltado concede a sus mensajeros. Nos encontramos, por tanto, ante un don público para la construcción de la comunidad y el cumplimiento de su misión.

La *parresía* en los escritos paulinos refleja una característica de la existencia cristiana (Fil 1,20; Ef 2,12). El concepto aquí es algo más complejo. Para Pablo se trata tanto de una *parresía* delante de los **hombres** (2 Cor 3,12, Ef 6,20) y se pueden citar

*se manifiesta públicamente la
preeminencia de la cruz por
encima de toda instancia que
pretenda un señorío escatológico*

varios textos más como una *parresía* delante de **Dios** (2, Cor 3,12) que implica una relación franca, abierta y confiada. Pablo espera con toda seguridad que Cristo sea glorificado en él de modo abierto y público (Fil 1,20). Se trata en el fondo de algo parecido a lo que se puede sospechar con la actitud vital y creyente del actual pontífice en sus viajes, a pesar de su enfermedad. Ya sea que antes viajara pleno de facultades anunciando el Evangelio o que ahora lo haga al límite de sus fuerzas físicas, parece que Juan Pablo II estima que así el Señor, a quien sirve en la salud y en la enfermedad, será glorificado públicamente.

Como ya vimos para el corpus joánico, la *parresía* es un don: «Conseguimos la valentía de ánimo (*eparresiasámetha*) por medio de nuestro

⁹ H. Schlier, o. c. 880.

Dios para anunciaros el evangelio» (1 Tes 2,2). La *parresía* está emparejada con el poder (*exousia*), por ejemplo en Flm 8: «Por lo cual, aunque tengo en Cristo bastante libertad (*parresían*) para mandar lo que conviene». Especial interés guarda Col 2,15; «Y una vez despojados los Principados y las Potestades los exhibió públicamente (*en parresía*) incorporándolos a su cortejo inicial». El autor está considerando que lo acontecido en la cruz implica una notoriedad cósmica de la salvación escatológica, pues se manifiesta su poder y su triunfo delante de todos los Principados, los poderes de magnitud cósmica. Se manifiesta públicamente la preeminencia de la cruz por encima de toda instancia que pretenda un señorío escatológico. Los emperadores romanos, organizaban grandes fastos cuando regresaban victoriosos de una campaña para aumentar la gloria de Roma. Uno de los momentos estelares consistía en el desfile triunfal en el que se mostraba parte del botín. En esta ocasión se paseaba a los prisioneros, especialmente a los más significativos. El autor de *Colosenses* está interpretando que con la cruz de Cristo sucede un desfile cósmico escatológico, en el que todos los poderes adversarios de la cruz de Cristo aparecen aherrojados y uncidos al carro vencedor de Cristo. En definitiva la *parresía* cristiana se fundamenta en el triunfo escatológico de Cristo como su última raíz, nos libera y espolea a la confianza gozosa.

En este último sentido insiste con claridad la carta a los *Hebreos*. La *parresía* refleja un modo característico de ser cristiano. Ahora gracias a Cristo tenemos un acceso confiado a Dios. La imagen que está detrás (Heb 4,16) es la de las cortes de los emperadores o faraones en la antigüedad. Una persona normal de ninguna manera tenía acceso al emperador, al salón del trono. Sin embargo nosotros, gracias a la sangre de Jesús (10,19), tenemos acceso libre al santuario o presencia del mismo Dios, más grande que cualquier emperador terreno. Y podemos entrar de manera confiada.

Cómo vivir la *parresía* hoy

Resumimos algunos de los aspectos más destacados de lo dicho e intentamos algún tipo de aplicación a nuestra situación.

Dimensión pública de la fe cristiana. Hemos comprobado que la fe cristiana contiene de modo esencial una dimensión pública. La predicación

y actuación de Jesús es pública y abierta. Aunque no se puede calificar de jactancia, su mensaje y su vida no transcurren a escondidas ni tampoco en la clandestinidad. Jesús no practicó una especie de ostentación triunfalista y arrogante. No obstante percibir con claridad que la dimensión pública es inherente al ministerio de Jesús, interpela nuestro cristianismo emocionalmente cálido, con tendencias intimistas. Nuestra transmisión de la revelación se ha de inspirar en el modo como Jesús se reveló. Así se advierte en los apóstoles y primeros discípulos. Se presentan ante los demás hombres llenos de *parresía*, de valentía y publicidad. Actúan delante de los judíos y los griegos de un modo notorio y público. No practican una propagación del evangelio ni avergonzada ni triste, como tampoco fue así el ministerio público del Señor Jesús.

Un modo de anunciar la fe y vivirla interconectados. El cristiano en general, como seguidor de Jesús, y los que desempeñan algún tipo de cargo público en la Iglesia (sacerdotes y religiosos) están llamados a llevar una vida pública. Es decir, no se entiende que el cristiano haya de tener vergüenza y disimular su condición, incluso ante los adversarios de la fe. La conducta de Pablo representa un ejemplo claro. Su modo de actuar le permite vivir en *parresía* en el sufrimiento, en la tribulación, en el éxito. Está persuadido de que el Señor triunfa en nosotros con nosotros. Esta seguridad produce alegría, confianza, intrepidez. Así la propagación de la fe y la vida al servicio del mensaje se tiñe de valentía y confianza osada.

Este estilo de anuncio y vivencia de la fe implica un modo particular de relación con Dios.

Y por eso se manifiesta, sobre

todo, en la confianza en la oración, que es franca, confiada y familiar. Siguiendo una vida de este estilo, se espera con paz y consuelo que Dios escuche y atienda la oración, como escuchó a su Hijo Jesucristo (Jn 11,41-41). Esta familiaridad ante Dios contiene también una dimensión escatológica. Se abre a esa confianza para estar delante de Dios el día del juicio. No cabe duda de que esta confianza genera una gran paz, una gran fuerza. Asentados en esa gracia enorme podemos afrontar la difícil tarea de la evangelización.

*este don se confiere a los
cristianos y lo podríamos
implorar, la parresía nos
recuerda algunas líneas de cómo
nuestra vida transcurre en el
Señor*

Todo es gracia. La *parresía* nos recuerda que ese modo de vida y relación confiada con Dios es gracia, don del Espíritu, de Dios y del Señor Jesús. Este don se confiere a los cristianos y lo podríamos implorar. La *parresía* nos recuerda algunas líneas de cómo nuestra vida transcurre en el Señor. Es la fuerza del Espíritu que se hace presente en nosotros y nos transforma en mensajeros de la buena noticia.

Este arrojo y confianza procede del nuevo acceso que Cristo nos abre a las realidades escatológicas. Ahora podemos entrar en el santuario que su sangre nos ha abierto mientras que antes nos estaba vedado. Cristo mismo ha clavado en la cruz el protocolo que nos condenaba (Col 2,14). Su hora, según Juan, y su don del Paráclito nos lleva a vivir de otro modo como auténticos ciudadanos libres de la *ecclesia* que pueden testimoniar abierta, valiente y confiadamente toda la vida y el júbilo que brota del costado abierto de Cristo Jesús. ■